



El pasado 2 de abril, Karol Josef Wojtyla, Juan Pablo II, el sucesor de Pedro, partió para la casa del Padre Eterno; dejó de ser el representante de Dios en La Tierra, para convertirse, definitivamente, en nuestro representante ante Dios.

Millones de personas, incluidos casi doscientos jefes de estado o de gobierno, desfilaron ante su cuerpo, expuesto en la Basílica de San Pedro, en la Ciudad del Vaticano. Casi no hubo una bandera nacional en el planeta, que no ondeara a media asta. El mundo no había presenciado semejante manifestación universal de duelo, desde que tuvieron lugar las honras fúnebres de la Beata Teresa de Calcuta, hace pocos años.

Para todos los cubanos, creyentes o no, el recuerdo de su visita a nuestro país en 1998 –aquellos cuatro días que se fueron como un sueño maravilloso- es imborrable. Todavía resuena en nuestros oídos su llamado a que “Cuba, se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba”.

El Centro de Bioética cubano, que lleva y llevará para siempre con orgullo su nombre, desde la Iglesia y para la sociedad, se une al homenaje universal al hombre excepcional que realizó hace sólo diez años el acuciante llamado por una cultura de la vida, dirigido a todos los hombres de buena voluntad, al que se hace referencia en el editorial de este número: ¡Gracias, Juan Pablo, por tu vida, por tu obra, por tus enseñanzas, por tu ejemplo! ¡Gracias, Juan Pablo, por haber sido, para nuestra doliente humanidad, la imagen del rostro de Jesucristo!

Juan Pablo: ¿Qué mejor elogio que tu nombre?
Consejo de Redacción.